

CARMEN POLONIO para M. J. Sánchez

Semblanza de Carmen Polonio, Pintora.

Ya tenía esa misma mirada dulce, decían que perdida, como melancólica, pero que en realidad obedecía a otra razón; Carmen ya pintaba en su mente y sus ojos estaban pendientes de esas pinceladas interiores, certeras, luminosas. Carmen nunca ha pintado, se ha limitado a abrir los ojos y dejar salir el color.

Fue una niña dulce, como su mirada. Alta, serena. Esa calma que la impregna la ha hecho crecer a lo largo del lienzo, como una espiral infinita y compleja que desgrana su alma y la de lo que retrata o atrapa con su pincel.

Nos parecía rara. Carmen pinta, decían, como si se dispusiera a subir algún Everest incógnito. Pero Carmen pintaba cuando hablaba, cuando estudiaba, cuando charlaba con sus compañeras. Carmen era una artista desde siempre que nos pintaba en sus palabras medidas, acompasadas, fruto de algún ritmo interior que nadie desde fuera podía descifrar. Carmen, esa niña tan rara. Carmen, esa artista que ya lo era antes de coger el pincel por primera vez.

No se crece en el arte con prisas y trepando rápido. El artista se hace despacio, en el error cotidiano, en la búsqueda incesante, en la pincelada precisa. Hace falta juntar muchos instantes infinitos para encadenar un presente vibrante en un espacio vacío. No miréis sus cuadros como la suma de sus pinceladas, sino de las vidas que se fueron fundiendo en los muchos años de estudio bajo la enseñanza de Cantabrana. Carmen crecía, se hacía mujer, Carmen pintaba y poco a poco crecía esa luz delicada que parece derramarse desde el interior del cuadro. Esos colores que se agitan y se mecen como en un barco bajo la tormenta. Todo bajo esa luz fuerte, descarada, mediterránea, que lo baña todo y lo fija como un barniz, ahí, inmóvil pero inquieto, pulsando en los ojos de los espectadores, buscando sus almas para fundirse en ellas en la comunión única del arte. Ese creador y ese visor que se vuelven uno durante un instante para romperse en añicos al separarse, un cristal único que se rompe y replica en cada trozo un mundo nuevo, fresco, desafiante.

Al ver su obra ahora, vuelven mis recuerdos de su pelo liso, sus ademanes tranquilos, su sonrisa pronta, siempre dispuesta. Carmen pinta, decían. Como no iba a hacerlo. Se sumergió en algo que más que una pasión, mas bien, un destino. “No puedo hacer otra cosa”, me contó una vez que hablamos. Todas íbamos atareadas con las carreras, los hijos, las oposiciones, con la vida en general. Pero la suya era una vida en particular, precisa y definida en el contorno de su paleta. Carmen pintaba porque no podía hacer otra cosa, porque era una artista y los artistas tienen que hacer el arte que necesitamos para recordarnos que el ser humano es más que la suma de sus partes: es un universo total cuando mira y plasma en esa mirada su mundo y el ajeno, lo funde todo en una cataratas de formas y colores que nos conectan a todos en la red irrompible de lo humano, general y particular.

La vida nos separó. Carmen pintaba, yo escribía. Carmen crecía como pintora, hacía exposiciones, maduraba, absorbía técnica e inspiración en una sola inhalación. Alguien me dijo una vez, ¿sabes que Carmen Polonio pinta? Yo le contesté: “Pues claro, siempre lo ha hecho”. Mirada extrañada. “¿Tú lo sabías?” Y en ese momento efímero, Carmen y yo nos unimos bajo una mirada escrutadora. “Bueno, yo escribo”. “Ah, pero tú eres profesora”. Me sentí muy triste. Pensé cuanto me habría gustado tomar mi paleta cuando éramos jóvenes y aún inocentes de todo y haber escrito sin parar a lo largo de mi vida, haber acompañado a Carmen en el camino del arte y del tiempo. Quizás me habría prestado su serenidad, su tranquila belleza, el sosiego de sus retratos, la vivacidad de sus paisajes, quizás yo habría crecido a su vera, a la verita suya, y habría pintado lienzos grandes, infinitos, inacabables, llenos de luz y color, de belleza.

No miréis sus cuadros, no son solo para mirar. Son una ventana abierta a la vida, como la sonrisa amable que asoma a sus ojos. Asomaos enteros, cuerpo y alma, por esa ventana y disfrutad de su arte.

septiembre, 2018